

# LA ESPINGARDA,

PERIÓDICO LITERARIO, DE ANUNCIOS Y NOTICIAS.

Se publica los Martes Jueves y Domingos, de cada semana. Precio de suscripción: dentro la capital por un mes 4 reales y 5 fuera de ella franco de porte. A los señores suscritores se les admitirán los anuncios *Gratis*, siempre que estos no excedan de seis líneas. Se suscribe en esta capital en la imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 7.

## OCTAVIO.

Habrán dos años que un joven, á quien llamaré Octavio N..., cansado de la disipación á que se abandonara, convertido en misántropo á fuerza de haber sido hombre de mundo, consintió en acompañar al campo á un amigo enfermo del pecho. Vedlos pues establecidos como dos cartujos en el pueblecillo que lleva orgullosamente el nombre de Nueva-Gerona, empleando el día en matar pájaros ó en comer reclinados encima de la yerba, y la noche en fumar sentados á la puerta de una casita muy parecida á una cabaña, admirando la casta luna, que radiaba en un cielo de zafir, y que lanzaba su claridad sobre la tierra al través de los altos pinos, que elevando hácia ella sus ramas piramidales la obligaban á formar en el suelo fantásticos dibujos.

—No me falta sino una novia para encontrarme aquí perfectamente! exclamó una tarde Octavio, que pertenecía al número de esos hombres incapaces de estar nunca *vacantes*, y que cambian de amadas casi con tanta frecuencia como de vestidos.

—Segun eso no piensas corregirte? replicó Enrique sonriéndose melancólicamente; todavía no han trascurrido cuatro meses desde que rompiste con Paulina, inocente ángel á quien no hallando nada que echar en cara, tuviste la crueldad de decir: Ya no te quiero!

—Bah! Paulina era una simplona, una paloma boba como las que cazamos con tanta facilidad todas las mañanas, añadió Octavio burlándose. Nada hay tan fastidioso como esas mujeres que lloriquean apenas las trata uno con tibieza, y que carecen de arte para conservar entusiasmado nuestro corazón.

—Te gustan entonces las coquetas... En cuanto á mí, libreme Dios de su raza! Los tormentos que una me causó han emponzoñado mi vida; y el amor acompañado de celos y dudas, lejos de labrar nuestra dicha, nos sumerge en un infierno de dolores.

—Pobre romántico! No ignoro que los caprichos

de tu bella contribuyeron á alterar tu delicada salud, y me propongo cuando retorne al mundo buscar oficiosamente un poeta que se encargue de cantar la sentimental pasión de un segundo Amadis de Gaula. No obstante, en este desierto tu diablillo y mi *paloma boba* no nos vendrían mal para pasar el rato.

El ruido de las ramas de un pino moviéndose con mas violencia de la que le comunicaba la mansa brisa, interrumpió la conversacion de los dos amigos. Miraron hácia el punto de donde salía, y vieron deslizarse la aérea figura de una mujer vestida de blanco bajo el follaje trémulo.

—Una aventura! gritó Octavio lanzándose en pos de sus huellas.

Persiguióla hasta una casita cercana, y allí al intentar detener á la fugitiva por su traje flotante, se dió un golpe contra una puerta que le cerraron en el rostro. Octavio regresó asaz mohino á su habitación ínterin se reía Enrique de su derrota. Ambos se informaron sin tardanza de las personas que vivían en la vecindad, y supieron que entre ellas hallábase un anciano respetable con su hija enferma, joven linda y pálida como una rosa marchita, que se llamaba Paulina.

Inmutóse Octavio al escuchar ese nombre, pues siempre puede algo una antigua memoria, y desde la inmediata mañana púsose en acecho de la beldad misteriosa. Era Paulina efectivamente descolorida y triste como la Ofelia de Shakespeare, que fuera á buscar alivio á una fatal dolencia que la amenazaba, aspirando los puros aires de la isla tan benéfica para las fisis pulmonales. Octavio, que la vigilaba ocultamente, la percibió escondiéndose en un grupo de arbustos, en cuyo asilo permaneció contemplando cavilosa la morada de los dos jóvenes con un semblante tan melancólico, que el atolondrado repitió en voz baja aquel verso del Tasso alusivo al amor verdadero:

*Brama assai, poco spera!*

—Apuesto á que mi paloma boba ha venido á estos lugares mas bien en persecucion mia que en pos de la salud, dijo despues Octavio á Enrique. Amigo, solo los calaveras como yo inspiran tena-

ces pasiones. Las mujeres son caprichosas; y además en este extravagante mundo no se aprecia sino lo que se teme perder.

Sonrióse Enrique en silencio, según acostumbraba todas las veces que un doloroso recuerdo se despertaba en su corazón. En seguida, resueltos ambos á declarar la guerra á la doncella sentimental que huía de sus obsequios, fueron á hacer con pretexto de vecindad una visita al anciano que le servía de Argos.

Recibiólos este con bondadosa afabilidad, ignorante de las relaciones de su hija con Octavio; pues olvidado desde luengos años atrás del lenguaje del amor, no comprendía sus síntomas. Respecto á Paulina, aunque su rostro delicado se tiñó de rubor al contemplar al infiel, acogió á ambos con urbana cortesía. En fin, al cabo de algunas semanas, picado el último de la serena indiferencia que la jóven le manifestaba, pretendió renovar su primera intimidad, y consecuente con la táctica extraña que le servía de norma, comenzó á jactarse de sus conquistas, de sus buenas fortunas en voz alta. A las mujeres se les gana siempre por la vanidad! contestaba á Enrique, que se admiraba de que queriendo recobrar el afecto de Paulina se complaciera en alarmarla.

—Cuando no son coquetas, Octavio, yo creo que se las domina por el corazón, objetaba Enrique meditabundo.

Paulina y su padre iban con frecuencia acompañados de los dos amigos á examinar curiosamente las canteras de mármoles de todos colores que posee la isla, á recorrer los puntos pintorescos que la hermean, y á gozar de la majestuosa perspectiva de los bosques incultos que pronto debían trocar de nuevo por el bullicio de la capital. El murmullo sonoro y melancólico de los pinos resonaba como la armonía silvestre del desierto, y Paulina al escuchar arrobada la voz de los árboles piramidales, á los cuales llamaba con sencilla gracia las arpas de la naturaleza, miraba involuntariamente á Enrique, cuyo semblante expresaba igual respeto al que ella sentía por las augustas maravillas de la creación. Sus ojos se estasiaban contemplando el mismo cielo, y sus corazones se conmovían entregándose á la misma emoción de profunda gratitud frente á las grandes obras de Dios. Como dos almas hermanas que se han extraviado buscándose la una á la otra, olvidaban la tristeza de sus anteriores equivocaciones encontrándose reunidas por último en el paraíso. El ejercicio pedestre, las sanas brisas ó la influencia del ánimo restituían rápidamente á los enfermos sus antiguas fuerzas. Paulina estaba ya rosada y fresca como la poética flor de Alejandria, y Enrique ágil, robusto como el tiempo en que una funesta languidez moral no le avasallaba. Pero Octavio se ponía de mal humor á medida que los

pobres desengañados se restablecían y osaban hablar tímidamente de la esperanza como de una mensajera celestial que les enviaban los ángeles para sacarlos del seno de su infortunio. El Lovelace se mostraba celoso!

(Se concluirá.)

## A ELISA.

Corrompida muger que vil y astuta

Te elevaste del fango de una orgía

Mintiendo puro amor;

Tus mejillas de vívora manchadas

Por el inmundo y palpitante beso

Devuelto sin rubor.

Serena vil que en deleznable escoria

Yacías entre el polvo aletargada

Sin conciencia y sin fé,

¿Quién te sacó de allí para arrojarte

En la senda de flores que pisaba

Mi vacilante pié?

Muger, aparta...! En tu agostado lábio

La mancha veo de cien besos lúbricos

Que hollaron su frescor,

¿Que, réprobo, muger, te alzó del polvo

Envuelta en la hediondez de infame crápula

Para mentirme amor?

Yo te creí que ensueños juveniles

Sus balsámicas brisas estrellaban

Sobre mi casta sien....

Yo te creí que en mi desierta vida

La muger era el ángel que aguardaba

Para adornar mi eden....

Loco, niño, audaz, amante idólatra

A tus plantas caí; tu risa impúdica

Me oprimió el corazón,

Y al levantarme noble y arrogante,

¿Como á mis plantas no besaste el polvo

Balbuceando: ¡perdon!

La palidez manchaste de mi frente

Cuando al contacto de tu lábio impuro

Mi sér se estremeció,

Y albergaba tu faz risa sarcástica

Cuando del polvo en que humillaste al niño

El hombre se elevó.

Muger, muger, si errante por el mundo

Tropiezas con aquel á quien mentiste

Tan villana pasión,

No vuelvas hácia mí tu rostro lúbrico

Que yo á tu rostro escupiré con ira

Mi osada maldición.

¡Oh! cuando no haya piedras en el mundo,

Yo la colona de mis dulces sueños

Desmoronar podré,

Y... muger, al igual del que es Dios-hombre

Yo la primera, para dar ejemplo

A tu faz lanzaré.

V. B.

## A TU ACENTO.

Voz del Cielo, yo te escucho;  
Dulce presagio de gloria,  
Engalanada memoria  
Que jamás olvidaré;  
Tu despiertas á la vida  
El dormido pensamiento,  
Y vuelves al sentimiento  
Los encantos de su sér.

Por tí renacen las flores  
En torno de mi esperanza;  
Y en deliciosa bonanza  
Vuelve el ánimo á vogar;  
Por tí, tranquilas las ondas,  
Baten las verdes riveras,  
Y suspiran lisonjeras  
Por tí, las brisas del mar.

Que en la noche silenciosa,  
Al eco de tus canciones,  
Las floridas ilusiones  
De mi alegre juventud  
Tienden sus mágicos velos  
De gasa y oro fulgente,  
Y en mi fatigada frente  
Reflejan su blanca luz.

Canta, canta, voz divina,  
Tu misteriosa plegaria;  
Porque el alma solitaria  
Suspira ardiente por tí:  
Inspírenme tus acentos  
Magníficas armonías,  
Ignoradas poesías  
De celestiál frenesí.

Que eres tú la vision bella  
Coronada de laureles,  
Que entre rosas y claveles  
Entusiasmado adoré;  
Cuando ví por vez primera  
El espectro de la vida  
Con la frente guarnecida  
De pura inocente fé.

Luis Gonzalez Bravo.

## A...

Vas á partir! la barca que te espera  
Se mece lentamente en la bahía;  
Las brisas de la hermosa Andalucía;  
Pronto su vela alejarán de aquí.  
Mas no temas olvido, que tu imágen  
Queda en los corazones que te amaron,  
Y los pechos que ardientes te admiraron  
Siempre un recuerdo guardarán de tí.

Ya buscarán en vano las miradas  
Tus lindos ojos destellando amores;

En vano entre los árboles y flores  
Tus angélicas formas buscarán:  
Pronto los hijos de tu patria bella  
Te ofrecerán su ardor, sus esperanzas;  
No les pidas incienso ni alabanzas;  
Que te podrán decir? te adorarán!...

Salvador Bermudez de Castro.

## AMAR MAS ALLA DE LA TUMBA.

### BALADA.

#### I.

Entre tanto pasaba el tiempo,  
El destino formó dos corazones para amarse.  
Un dia se encontraron Félix y Julia y cambia-  
ron una mirada. Sus corazones se conmovieron.  
Sus ojos se bajaron.  
Sus lábios murmuraron apenas una palabra.  
Y los dos oyeron esta palabra sin ruido.  
Y los dos la comprendieron y la guardaron en  
el fondo de su alma. En esta sola palabra Félix y  
Julia se juraron amor eterno.

#### II.

Su amor era grande, infinito; era el amor que  
siente el corazón la primera vez que se refleja en  
él la imágen de una mujer.  
Este amor era su vida entera.  
¿Pero por qué llora Julia á los pocos dias? ¿Qué  
puede entristecerla?

#### III.

Félix necesitaba un brillante porvenir para sa-  
tisfacer su ambicion de amante, y se aleja del ho-  
gar doméstico.  
Por eso llora Julia, por eso no hay consuelo á  
su dolor.  
Félix la abraza antes de partir.  
Julia, llorando, le reitera su juramento de amar-  
le eternamente.  
¡Pobre niña! No comprende que en el mundo  
todo muere.

Monta á caballo el enamorado galán con sin igual  
apostura: clava los ojos en su amada, y sin decir-  
la adios se aleja súbitamente á escape para ocultar  
sus lágrimas.

Ella no puede hablar tampoco, y por toda des-  
pedida le envía un beso en álas de la brisa.

#### IV.

La ausencia agostaba lentamente el corazón de  
Julia.  
¡Ay! no es extraño; la ausencia es una muerte  
anticipada.

¿Sabeis lo que es estar separados del corazon que nos ama? ¿Sabeis lo que es tener el corazon lleno de amor, y no poder derramarle en el alma de la mujer querida?

El amor por cartas es un amor frio y sin expresion, porque faltan la voz, el aliento y la mirada que alumbran y vivifican nuestra existencia; falta la magia y la embriaguez; falta la brillante auréola que nos circunda al lado del sér que vive de nuestra vida. Por eso lloraba Julia, y ni las cartas ni los consuelos podian ofrecer una flor á su corazon desolado.

## V.

Entre tanto pasaba el tiempo, y Felix no volvia. Desfallecida de dia en dia la esperanza de la enamorada niña, se sintió sin fuerzas y cayó enferma. El ángel de la ausencia murmuró entonces á su oido una cancion estraña; era el himno de la muerte. Julia no dejó de amar y esperar, pero murió esperando y amando.

¿Cómo habia de vivir si no tenia corazon? Félix se lo habia llevado dentro del suyo.

¡Dichosa Julia! Si la vida debia ofrecer más tarde un desengaño á tu amor, ¿qué mayor felicidad que morir amando y esperando?

## VI.

Pasó el tiempo sin detenerse sobre la tumba de la pobre flor, muerta casi al nacer, y Félix vino tan enamorado como antes.

Ébrio de amor, corrió á estrechar en sus brazos á Julia, pero en vez de la vida y de la luz le esperaban la muerte y las tinieblas.

El amor es una flor que nace y muere como todas las flores.

Félix lloró sobre aquella tumba que encerraba su ventura; pero sus lágrimas no pudieron conmover á la muerte.

¡Insensato! El mármol del sepulcro no lo destruye ni aun el tiempo que todo lo consume.

Por eso sus lágrimas rodaron sobre él como las gotas de rocío sobre una flor ya muerta.

## VII.

Al pié del sepulcro de Julia crece un melancólico sáuce. Las leyendas dicen que la Providencia, compadecida de tanto dolor, permitió al amante vivir al lado de su amada, trasformándole en árbol. Sus ramas caen blandamente sobre la tumba, como la mirada protectora de un padre sobre el hijo de su amor.

Cuando la luna derrama con su luz la melancolía, se levanta el mármol, sale una sombra del sepulcro, el sáuce se inclina y suena un beso ar-

monioso como el acento del ruiseñor que ha perdido sus amores, triste como el canto del cisne al espirar, melancólico como el arrullo de la tórtola.

Después, cuando desaparece la luna tras las nubes, los árboles se agitan, las áuras suspiran entre el follaje.

Las flores cierran su cáliz.

La sombra desaparece.

El lloron se levanta sobre su tronco, y todo queda en el frio y desgarrador silencio de la muerte.

Francisco Bañares.

---

## CRÓNICA LOCAL.

---

Leemos en el periódico *La Corona* correspondiente al dia de ayer, las siguientes líneas que insertamos con gusto á continuacion.

«*Se trabaja, y mucho.*—Siguen con grande actividad los trabajos del ferro-carril desde el empalme hasta Gerona, en términos que, segun se asegura, hay el propósito de poner en explotacion este trozo de vía, ántes de que concluya el próximo Octubre. Siendo así, mucho ganarán las ferias de aquella capital de provincia. Anteayer visitó los trabajos, y segun tenemos entendido, fué hasta Gerona á fin de darles mayor impulso, la junta directiva del mismo ferro-carril.»

Se está ensayando por algunos sócios del *Circo Gerundense*, dirigidos y acompañados al piano por el jóven profesor D. Epifanio Suñer, el himno de inauguracion que, como tenemos dicho, se cantará el dia de la apertura de aquella Sociedad. Segun nos han informado personas inteligentes, parece que la composicion es bastante agradable á la par que sencilla y de buen gusto.

Siguen asimismo los ensayos de la ópera *L'Ebreo* música del maestro Apolloni, la cual segun nos han asegurado, tendrá lugar en nuestro teatro el proximo sábado. Se está trabajando al efecto para ponerla en escena con toda la propiedad posible y con el aparato que requiere su interesante argumento.

---

EDITOR RESPONSABLE, JUAN FERRER.

---

GERONA: Imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 3.—1861.